

DOS SOÑADORES (de *El libro de los errores* de Gianni Rodari)

Había una vez un hombre que tenía hermosos sueños todas las noches. Luego se levantaba y... Pero demos un ejemplo.

Una mañana, el señor Proyectos se despertó y llamó a la mujer:

-Rápido, vístete, nos vamos al campo.

-Pero ¿adónde?

-Caramba, junto al lago Mayor, donde está nuestro chalecito.

-¿Chalecito?

-Eres tonta, no cabe duda: el chalecito que tiene una preciosa galería delante y un parral en el jardín.

-¿Lo has soñado, por casualidad?

-Pues sí, lo he soñado. Y ahora quiero ir a pasar allí un par de semanas.

La señora Proyectos esbozó una tímida protesta y tuvo que resignarse a hacer las maletas para ir al campo.

Antes de anochecer habían hecho el recorrido de todo el lago Mayor, incluida la margen suiza, pero del chalecito soñado no había ni rastros.

-Lo ves -dijo la señora Proyectos-, era sólo un sueño.

-No comprendo -farfulló el señor Proyectos-. ¿Es posible que hayan robado un chalé entero, incluida la galería y el parral?

En otra ocasión, el señor Proyectos soñó que hablaba fluidamente en búlgaro. Fue a la librería, compró dos paquetes de libros escritos en búlgaro y, una vez en casa, comenzó a hojearlos ansiosamente.

-Qué extraño -tuvo que admitir poco después-, no comprendo ya ni una palabra. Desde que me desperté, pasaron solamente dos horas. ¿Es posible que en dos horas se pueda olvidar por completo una lengua extranjera?

El señor Proyectos continuó durante años confundiendo sus sueños con la realidad, hasta que una mañana -después de haber soñado que volaba con la sombrilla- se tiró desde una ventana del primer piso, sujeto al paraguas de su mujer y se rompió una pierna.

Se curó en pocas semanas. Se curó de la fractura de la pierna y de su fe en los sueños, ambas cosas al mismo tiempo. Todavía soñaba pero, una vez despierto, intentaba olvidar todo aquello que había soñado. Soñaba también con los ojos abiertos, pero en cuanto volvía en sí se sacudía todo, como hacen los perros cuando salen del agua y quieren secarse el pelo.

Adelgazaba, se ponía triste, no hablaba ya con nadie. Su hijo, que al principio de la historia era un niño, y del que no habíamos siquiera hablado para no complicar inútilmente las cosas, creció, se hizo un mocetón guapo, alegre, estudioso, deportivo, una joya de muchacho. Pero, según el padre, era demasiado soñador.

-¡Ah!-decía el muchacho-. Sueño con hacer un buen viaje. Me gustaría recorrer toda Europa, desde Portugal hasta los Urales.

-Despiértate -le aconsejaba el padre-. No hagas como yo.

El mozo, en lugar de despertarse, hizo la maleta, viajó haciendo auto-stop y, al volver, había recorrido de verdad toda Europa.

-Ah -dijo después-, ¡sueño con ir a la luna!

-Despiértate -le decía el padre-. No confundas tus sueños con la realidad. Ciertas confusiones son peligrosas.

El mozo, en lugar de despertarse, siguió haciendo confusiones e hizo tantas que al fin se convirtió en astronauta, fue a la luna y aún más lejos.

Pero el señor Proyectos, hablando de él, siempre decía:

-Es muy bueno este hijo mío, pero demasiado soñador. Algún día comprenderá, algún día me dará la razón.

QUÉ HARÉ CUANDO SEA MAYOR (de *El libro de los errores* de Gianni Rodari)

Una vez, el profesor Grammaticus descubrió en un viejo armario un paquete de redacciones infantiles. Eran papeles de treinta años atrás, cuando trabajaba en otra ciudad como maestro.

“Tema: *qué haré cuando sea mayor.*” Así estaba escrito en la cabecera de cada folio, junto al nombre del antiguo alumno. Eran veinticuatro nombres: Alberti, Mario; Bonetti, Silvestro; Caruso, Pasquale... El profesor Grammaticus buscó en su álbum la fotografía de aquel curso y se puso a relacionar los nombres con las caras.

-Sí, éste debe de ser Arturo Zanetti. ¿Y si fuese en cambio Rinaldo Righi? ¡Pues no, no los recuerdo bien, pobres chicos!

Volvió a mirar la fotografía del curso y comenzó a leer en las páginas amarillentas, aquí y allá, sonriendo ante los errores de ortografía. Una tilde olvidada treinta años atrás, ¿qué importancia podía tener ahora?

“*Cuando sea mayor seré piloto aéreo* -escribía Mario Alberti-. *Con la ilusión de poder volar, colecciono las fotografías de los modelos de aviones que aparecen en los periódicos y paso las horas mirándolas y soñando con mi futuro...*”

En verdad, Mario había escrito “soniando”, con una *i* en lugar del tilde de la ñ.

-Espero que esa “i” no le haya impedido realizar su sueño -suspirió el profesor.

“*Mi padre es fontanero, y a él le gustaría que yo siguiera su oficio cuando sea mayor. Pero yo quiero ser músico. Tengo un primo que toca el violín y...*”

El profesor Grammaticus se levantó para encender la luz porque, mientras leía, el tiempo había pasado y se había hecho de noche dentro y fuera de la habitación.

Al pulsar el interruptor se le ocurrió que...

-¡No, no es absurdo! -exclamó en voz alta.

Pero comprendió en seguida que la decisión estaba tomada y que mañana por la mañana...

A la mañana siguiente, el profesor Grammaticus tomó el tren, se trasladó hasta la gran ciudad de aquel antiguo curso y acudió al registró civil, la oficina donde por cada habitante hay una ficha con sus datos. El profesor llevó en el bolsillo la cuartilla en la que había copiado los nombres de sus veinticuatro alumnos y comenzó las investigaciones. Quería saber si aquellos chicos, de grandes, hacían de verdad lo que habían soñado de pequeños.

Os debo decir la verdad, aunque sea cruel. Os debo decir que el profesor tuvo muchas desilusiones, y se puso muy triste a causa de sus descubrimientos.

Descubrió, por ejemplo, que tres de sus antiguos alumnos habían muerto en la guerra, lejos de Italia. Pobres sueños suyos, pobre juventud.

Descubrió que Mario Alberti no había llegado a ser aviador, sino camarero. Es un oficio como cualquier otro, pero es muy raro que alguien escriba: “De grande seré camarero...” Sin embargo, los hay en abundancia.

El hijo del fontanero, en lugar de músico, se había convertido en vendedor de bombonas de gas. Es un comercio honesto, pero no tiene nada que ver con el violín.

Muchos sueños, sobre la marcha, cambian de piel, como muchos animales cuando llega la estación. A otros los dispersa la vida, como el viento demasiado fuerte que hace caer las flores de los árboles antes de que puedan convertirse en frutos. Por último, el profesor descubrió que Renzo Corsini, aquel que quería ser electricista, había llegado a ser también él un profesor. Fue a verlo.

-Querido Renzo, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de cuando querías ser electricista?

-¿Yo? No es posible.

-¡Pues sí! Mira: esto fue lo que escribiste.

-Es verdad. Qué extraño. Sin embargo, no recuerdo en absoluto haber pensado algo semejante.

-¿Así que en tu redacción escribiste un montón de mentiras?

-Quién sabe. Tal vez haya sido así.

El profesor Grammaticus meditó mucho tiempo sobre estos temas. Es más, todavía siguen rondándole la cabeza.